

CAPÍTULO 1

La de ayer y la de hoy

Otra vez. Vuelvo a mirarme al espejo y ahí está. La de ayer y la de hoy. Pero cada vez con más arrugas. La verdad es que siempre me ha gustado mucho reír. A carcajadas, si era posible. Pero ahora es que no me hace ninguna gracia. Pero nada. Cero. Y menos cuando me levanto por la mañana y me veo esa arruga alrededor de la boca. Ésa que sigue un triángulo desde la nariz y baja por la barbilla. Uf, lo pienso y me pongo de los nervios. Pero lo que más rabia me da es que preguntas a tu gente cercana: «¿Se me nota esta arruga?». «Anda, anda. Con lo joven que eres. Solo dices tonterías». Ya..., eso es que se me nota y no me lo quieren decir para que no me siga amargando. Pues más rabia me da.

Dejo mi estado de histeria a un lado y enciendo mi reproductor de música. Necesito evadirme un poco de mí misma. Llenarme de cada nota y dejarme llevar por ellas al pensamiento donde me quieran llevar. Hoy es uno de esos días en los que todo me parece mal. El pelo, la cara, las ojeras que, sin saber por qué, ese día querían vestirse de luto. Hasta el pijama que ayer me encantaba, hoy me hace parecer un ser paranormal. Necesito relajarme.

Me meto en la ducha y dejo el agua caer sin mover ni un músculo. Me encantaría tener una bañera gigante donde sumergirme y relajarme al menos una vez a la semana. Con música y sales de colores. De ésas que te regalan en alguna fecha señalada, te encantan, pero no puedes utilizar en tu plato de ducha. Pues a ésas me refiero.

Comienzo a enjabonarme y, como si se tratara de mí misma, de un gran espejo; como si pudiera retroceder a una velocidad extrema y con exactitud perfecta, aparece él en mi mente. Creo que pasen los años que pasen, voy a recordar esa silueta toda mi vida. Su forma de andar, de mirar, de hablar. Parece que está dentro de la bañera conmigo, como tantas veces un tiempo atrás. Le escucho la voz, le siento moverse, puedo oler su aroma luchando contra mi champú para quedarse en mi piel. Pero no está, eso terminó hace tiempo. Abro los ojos y sigo sola en el cuarto de baño. Regreso a mi presente quitándome los últimos restos de mascarilla del pelo. Y parece que se ha metido algo de jabón en los ojos. O quizá sea el dolor el que los pinta de rojo brillante.

De fondo, la canción de *All Of Me* sigue sonando una y otra vez. Me encanta la fusión entre la voz de John Legend y sus manos al piano. Creo que es maravillosa. Pero que, al elegir que sonara una y otra vez mientras estaba debajo del agua, sabía que mi estado de ánimo hoy no iba a ser muy optimista.

Pese a que es una canción con un mensaje de amor positivo, mi vida personal en este momento es nula. Siento que estoy sola, aunque rodeada de mucha gente. A veces pienso que no habrá nadie que pueda complementarme como yo deseo. Alguien a quien le guste tal y como soy. Que no quiera cambiarme. No quiero que se ilusione al cien por cien idolatrando mi persona o la persona que puede llegar a ser conmigo para después pensárselo mejor, retroceder y hundirme de nuevo volviéndome a dejar sola. Como cuando estás en la lanzadera del Parque de Atracciones hasta llegar a lo más alto de Madrid, pudiendo ver los edificios, los árboles, las montañas... Y justo cuando estás en la quinta maravilla, disfrutando de ese gran momento de libertad y plenitud, ¡zas! Baja a gran velocidad produciendo un vértigo en el estómago y dejando una sensación de vacío durante un rato bastante largo.

Cojo los botes de crema y embadurno toda mi piel, que últimamente parece un lienzo en el que se podría dibujar cualquier cosa con sólo una caricia. Me dispongo a vestirme y a peinarme, pero antes cambio la lista de reproducción de mi teléfono móvil para despertar mis ganas de reír. Pongo a calentar una taza de leche con *Cola Cao* en el microondas mientras elijo la ropa del armario. Hoy cogeré cualquier cosa, no tengo ganas de ponerme a combinar. Suena el timbre que me avisa de que mi desayuno está listo y, con el pelo medio seco y sin vestir aún, corro a por él como si llevara días sin probar bocado. Lo acompaño con unas tostadas con mermelada y voy al baño a cepillarme los dientes y echarme algo en la cara para disimular lo que hay detrás. Tardo muy poquito en hacerlo todo porque vivo en unos 50 metros cuadrados. Mi casa es muy pequeñita, apenas llevo independizada seis meses. La desesperación por hacerlo me llevó a alquilar un estudio de una habitación, un baño, una cocina y un salón. Solo hay una pared en medio de todo eso, así que podemos imaginar el tamaño de mi guarida.

Pero, aunque es pequeña, es muy acogedora. Y está muy bien decorada. Mi hermana me ayudó en eso. De hecho estaba más ilusionada que yo mirando muebles, estores, lamparitas de noche y alfombras. Fueron unos días un poco agobiantes, pero los disfrutamos muchísimo. Y creo que nos unieron bastante.

Elegimos muebles de color blanco, al igual que las paredes. De esa forma el espacio parecería más amplio y el piso más luminoso. Para los estores, edredón nórdico, manta y otros objetos de decoración, tuvimos más problemas en ponernos de acuerdo. Hoy en día la moda *vintage* o estilo antiguo es la última tendencia en decoración. Y mi hermana Mel, otra cosa no, pero en decoración y moda está siempre a la última. A mí también me gusta seguir el río de moda y ayudar a que crezca su caudal, sin embargo, tengo gustos fijos que intento combinar con lo que «se supone que tiene que ser».

Algunas veces me dice que soy algo ridícula y hortera pero, qué le vamos a hacer. Está dentro de mi forma de ser. Así que la decoración restante fue un poco a mi gusto, combinando tonos grises, blancos y color frambuesa. Incluso puse alguna plantita. Y aún me dura. Eso quiere decir que soy capaz de cuidar a otro ser vivo además de a mí misma. Me siento orgullosa de ello. Lo próximo, será una mascota.

El estudio está situado en un pueblo de la periferia de Madrid. Es un barrio residencial, casi no hay ruidos. Y tengo un garaje, eso sí. La primera firma que indica que soy propietaria de algo se la llevó mi coche, color cereza, del que estoy totalmente enamorada.

Me asomo a la ventana. Parece que hace bastante frío. Me encanta noviembre. Me encanta el invierno.

Me pongo unos vaqueros y el jersey de lana color granate, después de secarme el pelo. Ese jersey me lo regaló mi padre en uno de los viajes que hizo. Me gusta mucho su textura, su color. Y me resguarda mucho del frío. Cojo mi carpeta, mi mochila para las clases, un sándwich para media mañana, el abrigo y salgo tan rápido como me dejan mis piernas. Mientras bajo las escaleras me voy colocando un cuello de lana de color beige y un gorrito que conjunta a la perfección. Menos mal que vivo en un tercero y entre escalera y escalera he podido organizar mi ropa y prepararme para los pocos grados que me esperan al salir a la calle. Este tiempo me gusta, pero quiero disfrutar de él sin congelarme de frío.

Gracias a mis zapatillas planas y cómodas puedo avanzar a gran velocidad. No sé por qué nos recreamos tanto en algunas situaciones si sabemos que en otras nos va a tocar correr. Supongo que hay momentos para todo. Unos momentos son para vivirlos segundo a segundo y otros, sin embargo, pueden pasar un poco más desapercibidos —o eso es lo que creía yo. Pero estaba tan equivocada—.

Siempre voy corriendo a todos sitios. Mi vida es un estrés constante. Me considero bastante activa y quiero hacer muchas cosas en

un solo día. Es así. Y si se me acaba algo, busco cualquier otra cosa para, al final, volver a agobiarme. Eso sí, tiene que haber un momento del día para mí. Para pensar un poco en lo que he hecho, tener un balance de mis méritos y si he alcanzado los objetivos; imaginarme historias perfectas de amor con diálogos incluidos; escuchar música y pensar en mis años anteriores; volver a cuando era pequeña y recordar la forma en la que me imaginaba cuando tuviera la edad que tengo ahora exactamente. Cada día es una cosa, pero son momentos míos. Para mí.

CAPÍTULO 2

A través del cristal

Desde que cumplí los veintidós he ido rascando el tiempo como he podido. Realmente no me preocupaba por nada más que por vivir, pasármelo bien, sacarme la carrera y conseguir algo de dinero con algún trabajillo de fin de semana para poder subsistir. Pero, a partir de los veinticinco, la vida no te parece igual. Es como si de golpe te hicieras muy mayor. Para ti y para el resto del mundo. Los más mayores te comparan con sus días y alardean de sus méritos. Familia, casa, trabajo, coche. Dejándote desamparada y desvalida ante tu propia vida y tu visión sobre ti. Realmente cuando era pequeña me imaginaba a los veinticinco casada, con hijos, trabajando y pagando un coche y una casa con mi marido. Y así me veía feliz. La visión que tenía de familia es la de mis padres y el resto de sus hermanos. Todos con unos planes similares y una vida que empezaron a una edad temprana. O normal, en la época en que les tocó nacer.

Ahora la realidad es otra. Los jóvenes estamos obligados a estudiar y estudiar continuamente. Te guste o no. Al menos el graduado, para optar al aprendizaje de un oficio. Pero si eliges un oficio, la gente te verá mediocre. Todos los padres quieren que sus hijos estudien una carrera, les guste o no les guste. Encuentren trabajo después o no. Y vamos engordando nuestra «experiencia laboral» a base de cursos y cursos que luego nos estorban hasta para entregar un currículum. Que cuando supera las dos páginas te dicen que no sabes sintetizar y que no sirve. Y ves a la mitad de gente en paro, sin

estudios, porque la otra mitad que sí que los tienen no encuentran trabajo de ello y están ocupando esos puestos que otros necesitan. El hecho de que un arquitecto esté poniendo copas en una discoteca de jueves a domingo, cuatro horas diarias, no está bien. No es porque ese trabajo no sea digno ni nada por el estilo, sino porque ahí debería estar una persona cuya profesión sea la de camarero, que para eso se ha preparado o ha adquirido cierta experiencia. Pero, hoy en día, las cosas son así. Todo al revés y cada vez exigiéndote más y más progresos. Tanto en lo laboral, como en lo personal.

En las reuniones familiares siempre hay comentarios fuera de lugar que te quitan las ganas de reír inmediatamente. Cuando eres pequeño y te preguntan por las notas delante de la familia, seas buen estudiante o no, ya es incómodo. Y cuando eres más mayor y el tema laboral no es tan interesante, salen los temas del corazón para rematarte el día. «Y tú, ¿cuándo nos vas a presentar a alguien? Mira, que se te va a pasar el arroz...». Ese momento en que eres la protagonista, todo el mundo te mira y se escuchan risas a tu alrededor. Es un momento horrible. Y lo peor es que te hacen creer que es así. Que te vas a quedar sola. Que no encontrarás un buen trabajo, ni un buen novio, que no podrás tener hijos porque serás demasiado mayor. Que no podrás comprarte nunca un piso porque sola no podrás pagar una hipoteca, si es que te dan un crédito alguna vez. En fin. Intentar salir airosa de esas conversaciones en las que tú, normalmente no interactúas es difícil. Mucho. Pero más difícil es olvidarlo e intentar seguir con tu vida como puedas y sin obsesionarte por ese tema para no caer en una depresión.

Aparco el coche en el parking que está al lado de mi trabajo. Terminé mi carrera de Fisioterapia hace dos años y he estado haciendo suplencias días sueltos hasta hace ocho meses. Me llamaron de

una clínica y el contrato era de seis meses con posibilidades futuras. Así que fue cuando decidí por fin independizarme. El sueldo no es muy alto, me da justo para pagarme el alquiler de la casa, la letra del coche, la gasolina y poco más. Pero decidí lanzarme un poco al vacío y empezar a vivir de otra manera.

El aparcamiento está muy cerca de mi lugar de trabajo. Tengo que cruzar una calle y girar a la izquierda en un edificio de pisos con una fachada de ladrillos de color marrón. Tiene un aire minimalista, con ventanas blancas y escaleras por fuera del edificio. Sigo andando unos metros y en la tercera farola está la entrada a mis ocho horas de trabajo.

Pero ese día, me paro en la papelera gris oscuro de la primera farola a tirar el envoltorio de un chicle. Y cuando miro a mi derecha, en la calle de enfrente, le veo. Tras la enorme cristalera de esa cafetería, tomando una taza de algo que no consigo apreciar. Está sentado solo, en una mesita pegada al ventanal. No sé si es alto o bajo. Tiene barba de un par de días, un gorrito negro que cae hacia atrás, una camisa de franela de cuadros azul, gris y negro y un pantalón vaquero. El chicle no ha logrado entrar en mi boca. Reposo sobre el labio inferior sujeto por mis manos y yo permanezco totalmente inmóvil analizando cada gesto que hace. Bebe, mira su teléfono y mueve los pies a un compás que no puedo seguir. Será el ritmo que le marca la música que suena en sus auriculares. Me estoy poniendo nerviosa y aún no me explico por qué. No le conozco. Ni le voy a conocer. Un segundo después se cruzan nuestras miradas fortuitamente y disimulo lo mejor que puedo metiéndome el chicle en la boca y simulando volver a tirar el envoltorio. Qué absurdo todo. Qué nervios y qué ridícula soy. Por favor. Pero no puedo seguir andando sin volver a girarme otra vez. Estaba claro. Ha sido un segundo grandioso de casualidad. Sus ojos ya no miran hacia aquí, vuelven a tener como protagonista su móvil y su taza de no sé

qué. Por un momento he pensado que podía gustarle y que cabría la posibilidad de conocerle. «Gabi, por favor, para». Bajo de las nubes y vuelvo a mis ocho horas de realidad.

Por la tarde trabajo otras dos horas en el mismo sitio, pero me da tiempo a ir a casa a comer y así aprovecho para coger mi guitarra y la carpeta de partituras e ir más desahogada a mis clases. Me encantan las clases de guitarra, creo que la música es necesaria para vivir. Y yo tengo la suerte de poder fabricarla a mi gusto y medida. Para mis ratitos, conmigo imaginándome una vida sin él. Los martes y jueves puedo volar durante una hora y media entre notas y melodías mientras aprendo acordes y desahogo mi estrés.

Al llegar a casa, ya por la noche, mientras preparo algo de cena y pongo mi serie favorita en la televisión, me viene a la cabeza la imagen del chico de la cafetería. No es la primera vez que me pasa hoy. De vez en cuando se repetía esa imagen, esa cafetería, esa sensación. Pero lo desecho lo más rápido posible quitándole importancia. «No le vas a volver a ver, Gabi. Cálmate y sigue tu vida». Y así, comiéndome una ensalada entre las risas que me provocan los actores de esta serie, y reposándola en mi cama leyendo un poco antes de dormir, arropada con mi edredón color frambuesa, me quedo dormida poniendo fin a uno de los días más importantes de mi vida. Aunque todavía no lo sepa.